

Un oscuro y dramático espesor lúdico

Por Francisco Proaño

Revista *Palabra suelta*, 1987

Como un acertado título, *Máscaras para un concierto*, este libro es, sin duda, la más importante que ha publicado hasta ahora Raúl Vallejo, joven escritor manabita, nacido en Manta en 1959.

Efectivamente, es la máscara el símbolo que recorre la mayoría de estos relatos, lo que les presta un oscuro y dramático espesor lúdico. Este sentido teatral nos remite de inmediato a la idea de una representación, a la percepción de las múltiples representaciones u oficios que sean necesarios para sobrevivir en una época sin nada, a la par, por al esperanza y la solidez. No de otra manera *actúan* personajes como la prostituta de “Una marioneta extraviada en el escenario”, la desilusionada Alicia de “Dos whiskys secos y una mentira”, la empleadita de tienda “Manos largas con los ojos de Helena”, el fracasado de “Juego de solitario y final”, el perplejo militante político de “Sebastián tiene tres mundo”. Personajes condenados a prestar su carne a los diversos papeles que la sociedad, convertida en demiurgo, los asigna, y a sustentar, al mismo tiempo, el atroz ensamblaje, la brutal escenografía de un mundo no deseado, irracional, hostil.

El periodista que es Vallejo no logra quedar al margen, y los cuentos son, muchas veces, cortes a bisel en el espejo de la realidad, vistazos infinitesimales, pero incisivos, al mundo de los sectores populares y medios, en un desfile multiplicado de criaturas: homosexuales, prostitutas, empleados, militantes políticos, amas de casa del suburbio, artista de circo de tercera categoría. Todo, traspasado, particularmente en cierto momentos, por una estremecedora, como en ese díptico que forman “El último vuelo de papá” y “Los desaparecidos de Doña Tarsila Terreros”. Las situaciones trascurren vívidas, gracias a un buen reconocimiento de los recurso estilísticos. Ello hace, incluso, que logre interesarnos cuentos de poca consistencia temática, folletinescos, como “Un domingo lleno de contrariedades”, “La sagrada familia”, “Suceso de barrio”, “La una y la otra: la única”. En cuanto a la cohesión de los relatos entre sí, cabría notar que “No se llevarán a Nuestro Señor de las Aguas”, y “Retorno del hielero solo”, no encajan en el universo urbano guayaquileño, que es el otro tema del libro.

Despiadada visión de Guayaquil, de los años ochenta, *Máscaras para un concierto*, dentro de su singular aporte, nos remite una y otra vez a los límites de nuestra sociedad y nuestra época:

Antes, [dice uno de los personajes, máscara] la gente paseaba por las amplias aceras tomando helados y exhibiendo una moda recién importada, las vitrinas de los almacenes se mostraban con impudicia en constantes ofertas y promociones. Esta noche... veo a las personas repletas de poses y cubiertas de máscaras al final de una fiesta, con los trajes arrugados y los peinados caídos, los pies ampollados, y la boca agria.

Final del concierto, término de temporada.